

" PRAXIS
DE
LIBERACION "

CAMINO DE SANTIDAD



P. Alejandro Cussianovich.

Estas inspiradoras reflexiones del P. Cussianovich muestran los componentes inseparables de una auténtica espiritualidad cristiana. Forman uno de los capítulos del libro: A. Cussianovich, "Desde los pobres de la Tierra", Salamanca, 1978.

Si la vida religiosa como proyecto de vida evangélica encuentra en el proyecto histórico de liberación el lugar de permanente verificación, esto equivale a afirmar que la santidad como vida en el Espíritu, como fidelidad absoluta a la voluntad del Padre y como seguimiento radical de Cristo, dice relación estrecha con la historia, concretamente con la vida de los pobres, de los hambrientos, de los marginados a quienes el Señor los felicitó porque el Reino era de ellos y porque la Buena Nueva les era anunciada; son estos pobres a quienes se les revela la voluntad del Padre es condida para los grandes y sabios.

No es nuevo relacionar vida espiritual, experiencia de Dios y realidad histórica; ésta es la única espiritualidad

cristiana, la que echa raíces en la tradición veterotestamentaria y que con Cristo confirma que no se puede desligar acogida y crecimiento del Reino de las transformaciones históricas que revelan su presencia. Es aquí donde el cumplimiento de las promesas anuda irrevocablemente fidelidad a Dios y fidelidad a los hombres, específicamente a los sencillos, a los despojados, a los débiles. Santidad y justicia son no sólo los temas de la promesa sino la vocación de la colectividad; el Reino es eso, un reino de santidad y de justicia, es decir de cumplimiento sin restricciones de la voluntad plena del Padre. Santidad y justicia son los signos del hombre del Reino, del hombre nuevo.

Lo que constituye en el capítulo quinto de la Lumen Gentium un aporte es el haber recordado con el peso de una aprobación conciliar la vocación universal a la santidad, que desgraciadamente parecía haber sido restringida a quienes por profesión se comprometían a seguir el camino de perfección como se decía.

En efecto, Cristo no ha venido para llamar a la perfección a individuos sino para recrear la humanidad entera en santidad y justicia.

Ciertamente que el tema de la justicia no puede prestarse a rápidas acomodaciones exegéticas desde presupuestos teológicos y pastorales a priori. Pero también es cierto que la dinámica de la historia de salvación, que, el acontecimiento central de la misma -Cristo muerto y resucitado- niegan todo intento de hacer sistemáticamente de la justicia una exclusiva actitud del corazón frente a Dios sin raíces en la historia, sin la mediación de un cambio de relaciones sociales con los demás, sin la verificación en obras que cancelen el maltrato, la explotación, la discriminación del pobre, de la viuda, del desvalido.

El proceso de liberación, de justicia que los pobres alientan con sus luchas en el Continente son expresión histórica del mensaje de salvación. La lucha por la justicia es exigencia insoslayable para ser justos ante el Señor. Creemos que la praxis histórica que instaaura la justicia entre los hombres es camino de santidad, vale decir de conoci-

miento y de amor a Dios.

I.- Liberación y Experiencia del Espíritu.

La relación de santidad y justicia tal cual se cumple en la misión de Cristo, en su vida y su mensaje, quiebra cierta concepción farisaica de la virtud, de la santidad; santidad no consiste en conocer la ley, ni siquiera en observarla, sino en acoger el Reino; no es la ley camino de santidad, es la vida del Espíritu. En efecto aceptar la Buena Nueva, abrirse al Reino es don del Espíritu, pero compartirla, anunciarla es también fruto del Espíritu. Acoger el Reino es algo más que ser fieles a la ley; es entrar en la dinámica transformadora del Espíritu, es comenzar a ser nueva creación: "...donde hay un cristiano -dice Pablo-, hay humanidad nueva..." (2 Cor. 5,17). Pero precisamente Jesús rompe esta concepción judía de santidad ligada a conocimiento de las escrituras, al hacer de los ignorantes, de los que no son expertos ni entienden la ley, los herederos del Reino, los destinatarios de la Buena Nueva.

En la cristología lucana la relación Jesús-Espíritu es central, pero marcando la mediación de la misión, es decir de la tarea y las consecuencias del proclamar que el Reino está cerca.

En Cristo la experiencia del Espíritu no sólo como acto en su unción bautismal, sino como economía del Espíritu está ligada a su misión sellada por su resurrección. Veamos muy brevemente un texto de Lucas, 4,16ss., que a nuestro parecer permite hacer una síntesis de los temas centrales de todo proyecto de vida que quiera tener en Cristo Jesús su eje vertebrador, y que además no sólo justifica sino que inaugura y funda una teología de la liberación.

Se trata de un texto delicado por la parte que Lucas mismo tiene en la redacción. Sin embargo en opinión de numerosos exégetas, aun admitiendo la parte propia de Lucas, consideran que es probable que nos hallemos ante elementos arcaicos de la tradición evangélica.

Es evidente que la presencia de Isaías 61,1, texto puesto en boca de Jesús en un momento tan decisivo como era el inicio de su misión, da al conjunto de este pasaje una fuerza y significación particular; las mismas bienaventuranzas en Lucas cobran todo su sentido cuando son vistas a la luz y en el marco de las exigencias de Isaías 61, 1-2; la formulación de la primera bienaventuranza está cercana a la redacción de este pasaje profético.

Estamos ante una perspectiva profética de la misión de Jesús, no sólo porque casi textualmente se cite a un profeta cuanto que el contenido mismo de la unción de Cristo a la que se aplica el pasaje evoca esa significación profética de su ministerio.

Este es el pasaje que Jesús leyó: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido para que dé la buena noticia a los pobres. Me ha enviado para anunciar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para liberar a los oprimidos, para proclamar el año de gracia del Señor", Is. 61,1-2. En realidad no siguió adelante y por eso se puso furiosa la gente que asistía aquel sábado a la sinagoga.

Brevemente, Jesús renueva su conciencia de la presencia y fuerza del Espíritu sobre él cuando cumple su misión: experiencia del Espíritu y proclamación del Reino van de la mano; "Hoy en presencia de ustedes se cumple este pasaje", 4,21. La consagración de Cristo es su total dedicación a la tarea de decirles a los pobres que el Reino está cerca, es decir en medio de ellos. Los signos que Jesús enumera -prestados del profeta- no son una especie de santo y seña o de carta de presentación; esos cambios reales en la vida de los cautivos, de los oprimidos, de los pobres, de los hambrientos, de los despojados, etc. son ya el Reino que viene. El año de gracia es creíble precisamente porque la promesa es ya realidad en los sencillos, en los cautivos, en los afligidos. Esta perspectiva universal pasa inexorablemente por el cumplimiento en una clase determinada, en los miserables del país, de la Buena noticia de salvación; pero el año de gracia conserva toda su raigambre social, histórica.

El programa de Jesús evoca, aunque no falten dificultades exegéticas por resolver, los criterios del juicio en Mateo 25: dar de comer al hambriento, visitar al preso, vestir al desnudo, ésa es la buena nueva hecha vida, hecha praxis histórica; hacerlo es entrar en el dinamismo del amor de Dios, es vivir, aun sin tomar conciencia, de la fuerza del Espíritu, es haber dado concreción social al año de gracia del Señor.

El pasaje de la sinagoga establece el contenido cristológico de la relación experiencia del Espíritu y liberación; hace de la tarea misionera el lugar de vida, de crecimiento en el Espíritu; no hay santidad desligada del cumplimiento de la justicia, de aquella que elimina el hambre y la sed de los hambrientos, aquella que cancela la opresión y la explotación, aquella que combate la pobreza de los pobres. La evangelización para ser buena nueva debe pasar no sólo por los pobres sino por la transformación de la realidad social, histórica, política de los pobres. Esta es la misión a la que Cristo se siente consagrado porque ésta es la Buena Nueva; en esa tarea crece su conciencia de redentor, su conciencia de hermano; la misión constituye una experiencia espiritual. Jesús en su programa nos hace ver que no se trata de proclamar un año de gracia desligado de la liberación de los cautivos. No hay experiencia gozosa de Dios sin experiencia de liberación humana; pero tampoco hay vida en el Espíritu al margen de una consagración a los pobres; es porque los pobres son liberados que experimento que el Espíritu ahí presente en ese dinamismo está también sobre mí. Lo que hemos llamado contemplación es en realidad esto, experimentar que el Espíritu nos transforma desde el momento que se renueva la faz de la tierra para los humildes y desposeídos. Reconocer y admirar la presencia del Espíritu como fuerza, como dinamismo profético en el corazón mismo de la misión, de los destinatarios del Reino.

Pero lo que está en juego finalmente es el amor de Dios reconocible en el amor a los oprimidos, y que nos abre no sólo a una fraternidad universal sino a una total y plena realización de su amor, esto es lo fundamental; Dios libera gratuitamente. La dirección de la experiencia de vida en el Espíritu no es otra que la que apunta a la liberación de

los afligidos y cautivos, vale decir, la que conduce a la Cruz. La liberación de los hombres se nos presenta entonces como experiencia del Espíritu.

2.- Santidad como Praxis de Liberación.

La experiencia misma de Cristo que venimos de recordar en su programa misionero de la sinagoga y el resto de su predicación nos hacen ver cómo el Señor se guarda bien de empujar a sus oídos a practicar virtudes. Ese era el lenguaje de sus enemigos. La perfección no es ejercitar virtudes como era para los griegos, para los estoicos, para los maestros de escuelas filosóficas.

La santidad es entrar en el Reino y en el dinamismo de sus exigencias histórico-sociales; totalmente otra cosa que ponerse en competencia para adornar el corazón con el mayor número posible de virtudes. Los pretendidamente virtuosos del tiempo de Jesús fueron los que merecieron sus más duros ataques; es contra una religión de acaparadores de virtudes que lucha Cristo; el mensaje que él trae es para los no-virtuosos, para quienes saben que no pueden ser justos si Dios no los hace tales por su amor infinito; la santidad a la que Cristo llama a sus seguidores no es la resultante de ejercicios ascéticos sino de una total apertura a las exigencias de la misión, de una fidelidad inquebrantable al anuncio de la Buena Nueva a los oprimidos.

No hay santidad sin cambio de proyecto, sin hacer nuestro el proyecto evangélico de Cristo tal cual él mismo lo anunciara en la sinagoga; sin una consagración total a los pobres para solidarizarnos con sus luchas por la justicia, la buena nueva de que el Reino está cerca no es creíble, y la experiencia del Espíritu no es significativa para la vida de los hombres, no los transforma, pierde su dinamismo, deja de ser vida en el Espíritu.

Santidad es transformar esta historia de injusticia y explotación en historia de fraternidad y amor, y hacerlo desde los pobres, desde los humildes, desde los hambrientos.

La santidad que no se expresa en amor transformador de la historia de los olvidados de nuestro Continente es una corrupción de los dones del Espíritu.

La praxis de liberación de los pobres no sólo es signo que nos revela la presencia del Reino y su crecimiento, sino que es la mediación que hace viva nuestra fe y operante nuestra esperanza. La praxis de liberación es en este sentido el factor decisivo en nuestro amor a Dios, en la acción santificadora del Espíritu; no se trata de hacer de esta praxis el lugar apto, aprovechable para extender y presentar el mensaje, sino que desde dicha praxis el mensaje mismo es redescubierto y profundizado y por lo tanto proclamada la novedad del Espíritu que allí actúa. En efecto, la relación a la praxis liberadora es interior a la fe, a la experiencia del Espíritu, a la misión de proclamar a Cristo como Salvador; hacer del proyecto histórico de los pobres y de su praxis liberadora el hilo conductor de nuestra vida no debiera por lo tanto separarnos o distraernos de la vida de fe, de oración, de la experiencia del Espíritu. La acción del Espíritu desborda la historia, pero en ningún sentido la pone ni por un instante entre paréntesis; la santidad como obra del Espíritu desborda la praxis histórica precisamente porque la confronta permanentemente con el proyecto global que dicha praxis trata de hacer realidad. En esta línea cobra toda su densidad evangélica y todo su mordiente histórico aquello de obrar la justicia es experimentar a Dios (ver 1 Jn.2,29), y se precisa el sentido de la praxis de liberación como camino de santidad.

La acción liberadora de los explotados apunta a hacer de los hombres un único pueblo, hoy algo imposible sin transformar radicalmente el orden social, político y económico vigente, sólo así se instaurará una nueva forma de relación entre los hombres, entre los pueblos. Comprender el mensaje de la Buena Nueva no es sólo abrirse a los demás, estar junto a los demás, sino empeñarse por hacer que nuestra relación a los otros sea distinta; este carácter cualitativamente distinto de la relación social entre los hombres viene del proyecto de liberación. La liberación entonces es una experiencia colectiva de ir siendo pueblo, comunidad, de ir haciéndonos libres.

La santidad que no es otra cosa que comunión con los hermanos y comunión de éstos con Dios, tiene un carácter colectivo, comunitario. "El hombre bíblico niega la separación entre una vida pública... y la masa de los individuos confinados en una vida privada. El pueblo es un modo de vida en común... En la Nueva Alianza se pone en entredicho la distinción entre lo privado y lo público, entre el individuo y la colectividad". Si ser santos fuera cuestión de fidelidad interior e individual, la cosa sería menos complicada, quizá. Pero descubrir la realidad social, la estructura pública, histórica de la vida en el Espíritu, nos lleva a sospechar de la calidad de santidades que han dejado inalterado un mundo de injusticia y explotación.

Sentimos que los santos llamados a contagiar y a inspirar la vida de los hombres más significativos para la historia de nuestro continente, serán aquellos cuyo testimonio de fidelidad al Espíritu pase inexorablemente por una fidelidad sin tregua al movimiento de liberación popular; y los hay aunque ciertamente "no subirán a los altares"; se quedarán abajo porque el "milagro" de ir transformando un continente combatiendo la opresión no es computable para hacer carrera en el escalafón de santidad oficial.

La espiritualidad que anima a estos hombres, a comunidades enteras, se inspira en algunos rasgos de la experiencia del Exodo; hay una característica "mosaica" de esta espiritualidad liberadora, de esta mística que nos anima. Moisés no entró en la tierra prometida; creyó en ella, pero quizá no tanto como para creerla más cercana y para hacerla más cercana; trabajó por esa tierra, pero no la alcanzó sino en los que siguieron en la lucha y la conquistaron. Se trata en nuestro caso de una experiencia por demás expresiva de nuestra entrega, de nuestros compromisos concretos, de nuestra militancia sin tregua, de nuestra "fe incrédula" como la de Moisés y al mismo tiempo de nuestra lúcida conciencia de que aquello que esperamos es la plenitud de lo que ya vivimos. ¿Veremos nosotros esa sociedad nueva como experiencia colectiva, como experiencia realmente de libertad fraterna?. La convicción de que no será así en nada paraliza la experiencia que vamos haciendo hoy, aunque fragmentaria, de ese nuevo hombre, de esa nueva sociedad; muy

por el contrario esta dura realidad agudiza nuestra fe, asienta nuestra confianza y dinamiza nuestra praxis de liberación. Este rasgo de nuestra experiencia militante y de nuestra vida espiritual revive en nosotros la experiencia misma de Cristo en el Calvario y la promesa de que el Espíritu haría lo que El no hizo sino comenzar.

La aurora de una mañana pronto, experiencia de fraternidad y de justicia para nuestro pueblo, despierta en nosotros a cada instante la conciencia del carácter decisivo de nuestra entrega hoy.

Afirmar que la praxis de liberación es camino de santidad equivale a señalar que en dicho esfuerzo encuentran su contexto histórico nuestra vida de oración, nuestra vida sacramental, que ciertamente debieran ser profundizadas desde esta perspectiva.

La línea que llamamos de liberación en la teología, en la pastoral, en la espiritualidad tiene origen en la vida de comunidades cristianas nacidas y entroncadas en el movimiento de liberación de las clases populares. Esta perspectiva liberadora sólo puede pasar a ser vivificadora de la gran comunidad que es la Iglesia, y sólo puede ser expresión viviente de las actuales exigencias de las luchas populares de América Latina, por la "vía redentora de la Cruz" y no por la vía de la explicación autoritaria o de la manipulación hábil.

El mensaje, la línea del Reino que Cristo inaugura no pasó a ser liberador sino por el poder de la cruz, por el testimonio de la muerte, por la fuerza de la generosidad y de la entrega coherente.

La teología de la liberación se abrirá paso como nuevo soplo del espíritu gracias a la santidad "al vivo", por el testimonio existencial dado también en categorías "tradicionales y clásicas": la obediencia, la fidelidad, la austeridad, la cruz y la muerte. Sin el aval de estos signos no es creíble nuestro mensaje, no llama a la conversión, no es transformador de la historia. La perspectiva que viene de los pobres no cifra su fuerza en la erudición ni en la orto-

doxia de los cultos; su fecundidad radica y se expresa en su capacidad de transformar la historia, su futuro reposa en la santidad de quienes hacen de la lucha de los pobres y oprimidos de la tierra el lugar del seguimiento de Cristo Jesús. Esta es la tarea más urgente y el desafío más concreto y permanente para nuestra generación.



PROMOCION DE EJERCICIOS

El CICA ofrece un servicio de coordinación de directores de Ejercicios Espirituales. Si usted tiene dificultad en encontrar director para alguna tanda de Ejercicios escribanos dando los siguientes datos: tipo de personas a quien está dirigida la tanda (religiosos(as), muchachos(as), profesionales...), fechas dentro de las cuales tendría lugar la tanda. A vuelta de correo le enviaremos las direcciones de aquellos jesuitas que dentro del área de Centro América podrían estar disponibles dentro de esas fechas, para que Ud. directamente pueda ponerse en contacto con ellos.